

*corpore, ac animo non perturbari. Siquidem non computationes, comessationesque perpetuæ, non ipsa puerorum mulierumque consuetudo, non piscium delicia, aut quæcumque aliæ mensæ lautioris cupiditæ jucundam vitam pariunt, sed quæ cum sobrietate, serenoque admodum animo, est ratio, causus, cur quid eligendum, fugiendumve sit, investigans, ac opiniones abigens, ob quas plurima mentes occupat perturbatio.*

31 Esta doctrina no conduce á desorden alguno en la vida, porque la salud del cuerpo, y serenidad del animo, licitamente pueden apetecerse; y varones muy espirituales positivamente desean, y procuran una, y otra. Es sin embargo errada, por constituir el ultimo fin, ó suprema felicidad en ellas; mas este error es comun á todos los Filósofos Gentiles, pues todos la colocaron en objetos criados. Por otra parte digo, que el de Epicuro es el menor de todos los errores, que hubo en esta materia, porque por lo menos dió en el blanco de la felicidad (llamemósla así) subluñar; y ni aun este acertaron los demás Filósofos. Porque considerese un hombre dotado de todas aquellas ventajas, en que los demás colocaban la felicidad, riquezas, honores, aplausos, sabiduría, &c. podrá con todas ellas pasar una vida infelicísima, y miserrima; porque no solo cada una de por sí, pero ni aun todas juntas le indemnizan de mil aflicciones, que pueden ocasionar innumerables accidentes adversos. Por sabio, rico, y poderoso que sea, no podrá evitar que se le muera el amigo: que le sea infiel la muger: que salgan estúpidos, ó mal inclinados los hijos: que le muerdan los embidiosos, &c. Pero con lograr precisamente lo que Epicuro pretendia, salud del cuerpo, y serenidad del animo, queda el hombre fuera de toda miseria. Suceda lo que sucediere, como se conserve el animo sereno, se puede decir, que es feliz el sugeto, pues no padece alguna aflicción, ó congoja.

32 Acaso me opondrán, como preferible á la de Epicuro, la sentencia de Zenon, y los Stoicos, que colocaban la felicidad en la práctica de la virtud. Digo, que esta doctrina es de bello sonido, pero falsa, y ridicula en el fondo. Yo tengo creído, que los Stoicos fueron los menos sinceros entre todos los Filósofos. Un gran Critico de estos tiempos

les

les dió, con gracia, y propiedad el nombre de *Pbariseos del Paganismo*. Trahan siempre en boca la virtud, y una virtud austerísima; pero en el hecho solicitaban como el que mas, la propria comodidad. Seneca, aquel grande honor de la Escuela Stoica, al mismo tiempo que estaba opulento, predicaba en alto grito á favor de la pobreza. Lo que fuertemente me persuade, que los Stoicos, sin excluir al mismo Seneca, eran unos hypocritones, es la evidencia de que no creian posible la misma virtud que predicaban. Querian que el varon sabio llegase á ser insensible: que puesto en los mayores tormentos estuviese alegre, y sereno: que quantas vejaciones le hiciesen los hombres no le ofendiesen mas que al Sol las flechas disparadas ácia el Cielo, ó á los Dioses los golpes que reciben sus estatuas. Uno, y otro son similares de que usa el mismo Seneca. Yá se vé, que esta es una virtud, no solo ideal, sino quimerica. El suceso de Dionysio de Heraclea representa bien sensiblemente la extravagancia de la Philosophia Stoica. Este Philosopho fue largo tiempo discipulo, y sectario de Zenon: gozaba entretanto buena salud. Llegó el caso de padecer un gravissimo dolor, ú de ojos, ú de riñones (que uno, y otro se lee en diferentes escritos de Ciceron), y viendo que le era imposible gozar entonces de aquella serenidad, y quietud del animo, que tanto resonaba en la Aula de Zenon, abandonó su Escuela, y se dió despues á todo genero de delicias.

33 La virtud, aunque no solo es buena, mas tambien capaz de hacer al hombre feliz, considerada como medio; pero contemplada en razon de termino, conforme al sistema Stoico, y sin respecto á otro premio indistinto de ella, es freqüentemente ardua, y trabajosa. Supongo, que harto mas virtuoso fue San Pablo, que Seneca, ni Zenon. Y qué dixo de la virtud considerada sin respecto al premio de la vida eterna? Todo lo contrario de aquellos dos Philosophos: *Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus* (1 ad Corinth. 15.). *Si no esperamos de Christo otro bien, que el que recibimos en esta vida, somos los mas infelices de todos los hombres.* Y por qué los mas infelices? Por ser los mas virtuosos.

34 El punto de Religion es el mas critico respecto de

Epicuro. Concedia, que havia Dioses; pero privados de todo genero de manejo en las cosas humanas. Verdaderamente yo no sé qual califique de error mas absurdo, si el negar la existencia á la Deidad; si concediendole la existencia, negarle la providencia. Sospechan algunos, que Epicuro sentia diferentemente que hablaba; esto es, que no creía que huviese Dioses, pero por miedo del castigo los concedia. En efecto, él freqüentaba los Templos, y asistia devoto á los sacrificios, en tanto grado, que Diogenes Laercio recomienda como sobresalientes su culto, y su respeto á los Dioses: *Sanctitatis quidem in Deos, & charitatis in Patriam fuit in eo affectus ineffabilis.* Sospechan, digo, que todo esto era hypocrisia. Bien puede ser; pero no hay repugnancia alguna en que hablase, y obrase sinceramente. Supuesto, que ha havido Philosophos, que negaron toda Deidad, qué dificultad hay en que otro, ú otros concibiesen existente solo una Deidad ociosa, ó como titular, y honoraria, feliz por sí misma, y desembarazada de todo cuidado? Son sumamente varias las concepciones de los hombres. Tenemos exemplo identico en Plinio el mayor. Este grande hombre, que tuvo bastante luz para conocer, que eran fabulosos todos los Dioses, que adoraba el Gentilismo, y sentó por basa fixa, que si havia Deidad, era una sola: puesta esta hypothesis, cayó en el mismo error de Epicuro, porque dixo resueltamente, que en caso de haver tal Deidad, no se mezclaba poco, ni mucho con las cosas humanas, y que era cosa ridicula pensar lo contrario: *Irridendum verò agere curam rerum humanarum illud quidquid est Summum.* Lo mas es, que este desprendimiento del gobierno del mundo lo contemplaba, no como defecto, antes como excelencia precisa en la Deidad: y al contrario la providencia, como ajamiento de su nobleza: *An ne tam tristi, multiplicique ministerio non pollui credamus, dubitemusve?* Pues si uno de los mayores hombres de la Antigüedad, qual lo fue sin duda Plinio, concibió como perfeccion necesaria de la Deidad la inaccion, por qué estrañarémos el mismo error en Epicuro? Ello, como quiera que fuese, ó extravagancia de su imaginacion, ó artificio para disfrazar la impiedad, Epicuro vivió indemne en Athenas, sin que se le hiciese causa sobre el articulo de Religion. Y si Diago-

ras huviese dado en la misma escotadura, desahogaria su furiosa cólera, sin el riesgo de que los Athenienses le persiguiesen á sangre, y fuego, poniendo con público pregon en venta su cabeza. Este Philosopho, haviedo sido lo mas de su vida supersticiosamente devoto con sus Dioses, en edad algo abanzada, casi de repente se hizo Atheista. El motivo fue de los mas ridiculos del mundo. Era Diagoras, no solo Philosopho, mas tambien Poeta. Sucedió, que otro de la misma profesion, pero de inferior numen, le robó ciertos versos, que havia compuesto. Hizole comparecer en juicio sobre el hurto Diagoras: tomósele juramento al delinquente, y él falsamente juró, que los versos eran composicion suya. No havia testigos, con que el reo fue absuelto, y publicó despues los versos como propios, recibiendo por ellos los aplausos, que eran debidos á Diagoras. De tal modo le desbarató á éste el entendimiento la indignacion, que sin mas, ni mas empezó á publicar, que era un error del mundo el pensar que havia Dioses; porque si los huviese, ó no permitirian, ó castigarian la insolencia de su ofensor, bien lexos de coronar iniquamente el hurto con el premio del aplauso. Podria, digo, Diagoras con el systema theologico de Epicuro desahogar la ira, sin arriesgar la cabeza, pues para el efecto de triunfar impunemente la maldad, lo mismo tiene carecer la Deidad de providencia, que carecer el mundo de Deidad; y los Athenienses le tolerarian aquella blasfemia, como se la toleraron á Epicuro.

35 Lo que hace á nuestro proposito es, examinar si el error theologico de Epicuro hacia consequencia á la desreglada vida, que le atribuyeron sus emulos, y que vulgarmente se le imputa. Confieso, que el que hiciere juicio de que un hombre, que niega á la Deidad la existencia, ó la providencia; aun concedida la existencia, es de perversas costumbres, acertará ponerlo comun en quanto al hecho; pero errará siempre en el derecho, si eso solo lo considera como consequencia necesaria del errado dogma. La razon es, porque hay hombres que carecen de vicios, solo porque carecen de pasiones. Hace en ellos el temperamento lo que en los demás la virtud. El vicio supone necesariamente un apetito depravado, y el apetito depende de la complexion in-

dividual. Así, el que por ser naturalmente dotado de un temperamento muy benigno, no tiene inclinacion alguna á los desordenes de la gula, ú de la lascivia, aunque crea que no hay Dios, ó que aunque le haya, no castiga esos desordenes, será templado, y casto. Lo mismo digo de los demás vicios, y de las demás pasiones viciosas. En efecto, Atheista de buenas costumbres, si es monstruo, es monstruo que ya se vió algunas veces. Plinio dudó de la Deidad, y en caso que la huviese, le negó la providencia, como diximos arriba; con todo nadie puso la menor tacha en su modo de vivir. Era templado, sincero, amantísimo de la equidad. Sus escritos están llenos de inventivas contra los vicios, tan energiosas, y fuertes, que se conoce le salian del corazon. Y en fin, dos de los mejores Emperadores, que tuvo Roma en tiempo del Gentilismo, Tito, y Vespasiano, le estimaron mucho, y ocuparon siempre en importantísimos empleos. El famoso Atheista de estos tiempos Benito Espinosa vivia siempre retirado, y ocupado siempre, ya en el estudio, ya en fabricar telescopios, y microscopios: hombre sóbrio, continente, y pacífico. Contra el Inglés Thomás Hobbes hubo bastantes sospechas de Atheismo, sin que fuese jamás acusado, ó notado de iniquidad alguna. Pues por qué Epicuro con toda su errada creencia no podría vivir esento de los vicios, de que vulgarmente le acusan? Y siendo posible, debemos creer el hecho por los muchos, y graves testimonios, que hay á su favor. Si acaso se me respondiese, que la vida compuesta de los Atheistas era mera apariencia, ó simulacion para huir, ó el castigo, ó la infamia, digo, que para mi intento basta; pues no pretendo calificar de hombre de verdadera virtud á Epicuro; si solo convencer de falso lo que se dice, ya de su torpe doctrina moral, ya de sus glotonerías, y obscenidades.

36 El ultimo capitulo de presuncion contra Epicuro, que consiste en el torpe modo de vivir de algunos Sectarios suyos, es totalmente despreciable. El argumento, que contra Epicuro se haga, de que algunos relaxados de su Escuela interpretaron á favor del vicio su doctrina, es semejante al que se haria contra la Iglesia Catholica, de que los Novatores entendieron mal el Evangelio. Conoció la Antigüedad

dos generos de Epicuristas, unos rigidos, otros relaxados. Estos segundos eran como hereges del Epicurismo, desertores de Epicuro con el nombre de Sectarios. La autoridad de Ciceron viene aqui clavada: *Ac mihi quidem* (dice lib. 2 de Finibus) *quod & ipse (Epicurus) bonus vir fuit, & multi Epicurei fuerunt, & hodie sunt, & amicitiiis fideles, & in omni vita constantes, & graves, nec voluptate, sed consilio consilia moderantes, hoc videtur major vis honestatis, & minor voluptatis.* Si Epicuro fue buen hombre, y honesto, los que con nombre de Sectarios suyos vivian torpemente, por qué no se han de descartar como espurios? Si de los que se llamaban Sectarios suyos havia muchos buenos, aunque tambien huviese muchos malos, quiénes se ha de creer, que exponian sinceramente la doctrina de Epicuro, estos, ó aquellos?

## PLINIO EL MAYOR.

## §. IV.

37 **I**Nfeliz personaje hace Plinio entre los literatos de escalera abaxo. Nada mas es que un embustero, que llenó su Historia Natural de patrañas. Esto ha dependido en primer lugar de los Autores Secretistas, los quales, para calificar con la autoridad de Plinio muchas maravillas, que falsamente nos prometen, citan á Plinio, no solo para lo que Plinio no dice; pero lo que es mucho mas, para lo que abierta, y claramente reprueba. Frequentemente hace Plinio mencion de varios secretos prodigiosos, ú operaciones raras de la Magia; pero siempre con irrision, y desprecio, tratando de charlatanes, y embusteros á los autores de ellos. Siempre he dicho, y no me retrato: No se hallará secreto alguno en todo Plinio, de estos, que tienen algun caracter de portentosos (siendo muchos los que refiere), á quien no eche el repulgo de patraña, mentecatez, ficcion de los que se llaman Magos, &c. Y qué hacen los Secretistas? Proponen el secreto, que leyeron en Plinio, como verdadero, callando dolosamente, que Plinio hace burla de él. A cuántos necios han trahido al retortero con la invencion de que pueden hacerse invisibles quando quieran! Este gran negocio se compone trayendo consigo la piedra Heliotropia, con la yerva

del mismo nombre. Esta milagrosa receta se halla en Plinio (lib. 37, cap. 10); pero tambien se halla cosida con ella la censura mas fuerte, que se le podia arrimar; pues dice Plinio, que en un disparate de este tamaño se vé clarisimamente la osadia, y desvergüenza con que mienten los que se apellidan Magos: *Magorum impudentiæ, vel manifestissimum in hac quoque (la piedra Heliotropia) exemplum est.* Lo mismo sucede en todo lo demás. Y en el lib. 30, cap. 1, con un rasgo solo condena toda la cafila de operaciones magicas, llamando á la Magia la mas engañosa, y falaz de todas las Artes: *Fraudulentissima artium.*

38 Aun de los secretos menores, que no tienen caracter alguno de increíbles, como son comunmente los medicinales, habla con tanta circunspeccion, que apenas propone alguno afirmativamente. Siempre, ó casi siempre, dá traslado á los que lo dicen, sin tomar cosa por su cuenta: *Dicunt, ferunt, tradunt, &c.* y muchas veces expresa en particular el Autor.

39 Mas como son pocos los que leen á Plinio en Plinio, sí solo en las infelices copias, que hicieron de él tantos charlatanes, y embusteros, creyendose comunmente, que tienen por Autor á Plinio las ridiculas ficciones que le atribuyen, ha llegado este grande Autor á padecer la ignominiosa vulgar opinion de poco veridico, ó nada sincero.

40 Lo peor es (quisiera callarlo, y el santo desengaño me manda decirlo), que no solo secretistas, y charlatanes han puesto á Plinio en esta mala opinion, mas aun Escritores de muy diferente nota. En cuántos escritos Philosophicos, en quantos Sermones impresos, y aun en libros de Ethica, y Mystica se ha hallado citado Plinio, como legitimo Autor de tales patrañas! Supongo, que los mas le citan con buena fé, porque le hallaron citado en otros. Pero Dios nos libre de que á un Predicadorcillo de los triviales le venga bien para simil, ó para alusion alguna de las quimeras, que desprecia Plinio, que no dexará de encajarla á la sombra de su autoridad, como afirmada por él.

41 Otra ocasion del descredito de Plinio es la multitud de prodigios naturales (en gran parte falsos), que refiere en su Historia, especialmente de gentes monstruosas, y de ra-

ras qualidades, como pygmeos, hombres sin cabeza, y con los ojos en los hombros: otros con cabeza canina: otros con un ojo solo, y ese colocado en la frente: otros con los pies vueltos atrás: otros con dos pupilas en cada ojo: otros de pies tan grandes, que echados, se hacen sombra á todo el cuerpo con ellos: otros, que vén mejor de noche, que de dia: nacion entera de hermaphroditas, gente que solo se sustenta de olores: otra donde todos los individuos son fascinantes, &c. Como las frequentes peregrinaciones de los Europeos en estos ultimos siglos han penetrado todas las Provincias del mundo, y en ninguna han hallado tales monstruos, fue facil sospechar unos, que todos havian sido fabricados en la cabeza de Plinio, y otros creer, que Plinio havia sido neciamente crédulo á relaciones de viajeros mentirosos.

42 Una, y otra calumnia se redarguye con evidencia. La primera, porque al pie de cada noticia de aquella clase expresa el Autor de donde la derivó. La segunda, porque antes de proponer aquella turba de prodigios, hace la protesta de que no sale por fiador de la verdad, ó existencia de ellos, y remite al Lector para que se entienda con los Autores que cita, y que se ofrece exhibir á qualquiera que llegare á proponerle su duda: *Nec tamen ego in plerisque eorum obstringam fidem meam potiusque ad Auctores relegabo, qui dubiis reddentur omnibus.*

43 Para complemento de esta defensa de Plinio, expondrémos aqui el juicio, que de él, y de su Historia natural hicieron algunos hombres eruditissimos, y criticos de primera nota. Celio Rhodiginio llama á Plinio *Varon doctissimo*; y añade, que solo á los indoctos desagradan sus Escritos. Gerardo Juan Vosio apellida á su Historia *Obra grande, y nunca bastantemente alabada*. Josepho Scaligero, cuya errada creencia no le estorva ser uno de los primeros votos en esta materia, pronuncia, que la Historia Natural de Plinio, por el mismo caso que es tan grande, y excelente, desagrada á los entendimientos vulgares. Lansio le dá el titulo de *Bibliothecario de la naturaleza*. Angelo Policiano le ilustra con los de *Collector de todas las cosas memorables, Juez supremo de los ingenios, Censor agudo, Admirador discreto*. El Jesuita Drexelio le predica *Panegyrista nobilissimo de la naturaleza, y hom-*

bre de prodigiosa erudicion; y en otra parte: *Perspicacisimo indagador de la naturaleza*. Justo Lipsio dice, que no hubo cosa que Plinio no leyese, y supiese; y que en sus escritos juntó quanto sabian Griegos, y Romanos. Los dos elogios, que nos restan, pertenecen mas directamente al asunto de esta Apología. El primero de Guillelmo Budéo, que le dá el atributo de *Supremamente veridico*, que eso significa con propiedad la expresion de *veritatis antistes*, de que usa Budéo. Thomás Dempstero los de *Escritor diligentisimo, eloquentisimo, veracisimo, incomparable*; y en fin sentencia, que es uno, que vale por todos: *Unus omnium instar*. No hay mas que decir.

## LUCIO APULEYO.

## §. V.

44 Siempre he estrañado, que el docto Gabriel Naudeo en su erudito libro, intitulado: *Apologia por los grandes hombres sospechados de Magia*, no introduxese la de Apuleyo, contra quien están mucho mas vulgarizadas las sospechas de Magia, que contra muchos, cuya inocencia defiende en aquel libro, y no con tan leve fundamento. Sease qual se fuese la causa de aquella omision, la suplirémos ahora, y podrá servir este paragrafo de addicion al libro de Naudeo.

45 El rumor de la Magia de Apuleyo empezó viviendo él: propagóse despues de su muerte, y aun hoy se conserva en el vulgo literato. Es cierto, que fue Apuleyo acusado en toda forma del crimen de Magia ante Claudio Maximo, Proconsul de Africa, en cuyo proceso el mismo reo hizo el oficio de Abogado; y como eloquentisimo que era, defendió excelentemente su causa. Esto todo pasó entre Gentiles. Eralo el Juez, eralo el reo, eranlo los acusadores. Muerto Apuleyo, dando ocasion para ello los mismos Gentiles, se estendió latamente entre los Christianos la fama de su Magia, la qual se ha ido conservando, como he dicho, entre los literatos vulgares; pero no con tan absoluta exclusion de los verdaderos sabios, que no hayan caido en este error algunos de mas que ordinaria literatura: en que de nadie me admiro tanto, como del doctisimo Luis Vives, que no  
du-

dudó de afirmar como cosa cierta, y constante la Magia de Apuleyo (*in lib. 18 de Civit. cap. 18*).

46 Empecemos por su proceso. Apuleyo, como natural de la Africa, estudió primero en Cartago, despues en Athenas, y ultimamente en Roma. Era de ingenio sutil, y asi adelantó mucho en poco tiempo; de modo, que aun en edad floreciente volvió á la Africa docto yá en toda forma, pero muy pobre, por haver consumido todo su caudal en los viajes que havia hecho. Su juventud, su buena presencia, y su discrecion, le abrieron puerta para vivir con toda comodidad. Prendóse de la gallardia, y agudeza de Apuleyo una viuda rica, llamada Pudentila, en cuya casa estaba hospedado, y el negocio paró en casarse los dos. Llevaronlo muy mal los parientes del primer marido, de quien havian quedado á Pudentila dos hijos; bien que uno de estos, llamado Ponciano, que era amigo de Apuleyo, havia entrado gustoso, y aun influido algo en que el matrimonio se efectuase. Resueltos, pues, á desahogar su ira, acusaron á Apuleyo de hechicero. Articularon lo primero, que con hechizos havia ganado el corazon de Pudentila; porque esta, despues de nueve años de honesta viudéz, y en edad algo adelantada, y con sucesion varonil, no es creible, que tuviese alguna propension al casamiento, si no fuese excitada con malas artes. Articularon lo segundo, que Apuleyo guardaba con supersticioso cuidado un lienzo, en que tenia embuelto no sé qué, en que se discurria algun cachibache magico. Lo tercero mostraron una clausula de una carta de Pudentila, en que confesaba ser hechicero Apuleyo.

47 La satisfaccion, que podemos dar á estos capitulos de acusacion, es la que dió en el Tribunal el mismo Apuleyo, y hoy se conserva entre sus Obras. Con desprecio respondió al primero, que no era menester hechizo alguno para que una muger de quarenta años (que no tenia mas, aunque sus contrarios aumentaban la edad á sesenta) se prendase de un joven, qual le pintaban á él sus mismos contrarios; esto es, de gentil disposicion, y gracia singular, y mas con la circunstancia de un casi continuo trato, por vivir los dos debaxo de un mismo techo. Que á esto se añadia, que los Medicos havian persuadido á Pudentila, que se casase, atri-  
bu-

buyendo á su continencia algunas indisposiciones que padecía; y su hijo Ponciano la sugería, que habiendo de casarse, no eligiese otro marido, que á su amigo Apuleyo.

48 En efecto, la acusacion en esta parte no puede ser mas ridicula; y con todo eso, apenas hay otra mas vulgar. En viendo que una persona, por otra parte prudente, y contenida, se apasiona ardientemente por otra de diferente sexo, luego entra la hablilla, que le dieron hechizos. Yá es antiquísima esta cantilena. El propio rumor se extendió en Macedonia contra una muger de Thesalia, de quien Philipo, padre de Alexandro, estaba extremadamente enamorado; pero la absolucion del pecado de hechicera le vino de donde menos debía esperarla; esto es, de la ofendida Olympias, muger de Philipo. Tuvo modo esta Reyna para hacer traher á su presencia la concubina de su esposo. Vió su hermosura, notó su gracia, y sin mas pesquisa, dió en su favor la sentencia: *Ab, bija mia (le dixo), qué injustamente te calumnian; pues no tienes, ni has menester mas hechizos, que los naturales, que dió el Cielo á ese cuerpo, y á ese espíritu.*

49 Ni hace al caso para probabilizar la acusacion de hechicería, el ver que una persona, de cuyo juicio, y circunspeccion hay largas experiencias contra el concepto comun de su virtud, se precipite en una pasion desordenada. Este es un fenómeno harto natural. Hay sugetos para quienes solo tiene atractivo eficaz uno, ú otro raro individuo. Insensibles para todos los demás, se mantienen virtuosos, ó en la verdad, ó por lo menos en la apariencia, hasta que su desgracia les presenta aquel, á quien la naturaleza entregó el eslabón, capaz de sacar fuego del pedernal de su pecho. Tampoco se debe recurrir á sympathias (voz sin significado). Un oculto mecanismo lo hace todo. Segun las varias disposiciones, que hay en nuestro cuerpo, son diversas en él las impresiones de los objetos; pues aun respecto de un mismo individuo se experimenta esta varia impresion, segun la varia disposicion, que tiene en diferentes tiempos.

50 Al segundo capitulo de acusacion respondió, que lo que tenia embuelto en el pañuelo era una especie de reliquia, signo, ó monumento sagrado de los misteriosos cultos de cierta Deidad, que le havian dado unos Sacerdotes en la

Gre-

Grecia; y probó esto de modo, que satisfizo al Juez.

51 Sobre el tercer capitulo llenó de ignominia, y confusion á los acusadores. Es el caso, que la clausula que estos exhibian de la Carta de Pudentila, aunque destacada de las demás (como la representaban), significaba lo que ellos querian: unida con su contexto, expresaba derechamente todo lo contrario. Vé aqui el trozo de la Carta, de donde se arrancó dicha clausula. Habla Pudentila con su hijo Ponciano, quejandose de que así á él, como al hermano, los huviesen pervertido los parientes, y embuelto en la discordia con Apuleyo, y dice así: *Haviendo yo, pues, determinado casarme por las causas dichas, tú mismo me persuadiste, que antes eligiese á este por marido, que á otro alguno, admirando las prendas de este hombre, y queriendo por este medio hacernosle familiar; pero ahora, que unos iniquos, y perversos os solicitan, de repente se ha hecho Mago Apuleyo, y á mí me ha encantado.* Yá se vé, que esta es una manifiesta ironía, y un vivo reproche de la calumnia; pero los acusadores no mostraban mas, que estas ultimas palabras: *De repente se ha hecho Mago Apuleyo, y á mí me ha encantado.* Hizo Apuleyo leer todo el contexto, y se descubrió la infame supercheria.

52 Estas, que no pasaron de sospechas, y sospechas mal fundadas de la Magia de Apuleyo, si entonces, en fuerza de su justificacion, se disiparon, despues de su muerte revivieron, y se fueron aumentando de modo, que quando empezó á predominar el Christianismo, estaban yá constituidas casi, ó sin casi, en el grado de fama pública. Consta esto de Lactancio; el qual, confutando al pagano Hierocles, Gobernador de Alexandria, que en un escrito contra los Christianos, para desvanecer el argumento, que estos formaban de los milagros de Christo á favor de su creencia, oponia, que Apolonio Thyaneo con su Magica los havia hecho iguales, ó mayores: dice que admira, que Hierocles no haya juntado con las maravillas, que cuenta de Apolonio, las que se referian de Apuleyo: *Voluit ostendere Apollonium, vel paria, vel etiam majora fecisse. Mirum quod Apulejum prætermisit, cujus solent, & multa, & mira memorari.* De suerte, que entonces yá se contaban muchas maravillas de Apule-

le-

108 APOLOGIA DE ALGUNOS PERSONAJES, &c.  
leyo, como de un insigne Mago, y que podia ser pareado con Apolonio.

53 Un siglo despues de Lactancio, poco mas, ó menos, se conservaba, y aun se havia aumentado la misma fama; de modo, que yá los Gentiles, para desacreditar los milagros de Christo, ostentaban los prodigios de Apuleyo, como los de Apolonio, afirmando, que uno, y otro los havian obrado mayores, que nuestro Redemptor. Hacese esto manifiesto por la Carta de Marcelino á San Agustin, en la qual, pidiendo al Santo responda á la objecion, que los Gentiles hacian contra Christo con las maravillas de aquellos dos Magos, le dice: *Precator accesserim, ut ad ea vigilantius respondere digneris, in quibus, nihil amplius Dominum, quam alii homines facere potuerunt, fecisse, vel gesisse mentiuntur. Apollonium siquidem suum nobis, & Apulejum, aliosque Magice artis homines in medium proferunt, quorum majora continent extitisse miracula.* Lo mismo se evidencia de la Carta segunda de San Agustin á Volusiano, y de la quarenta y nueve al Presbytero Deogracias.

54 Pero qué hombre de algun seso dará por reo de hechiceria á Apuleyo, sobre la deposicion de los Gentiles, quando estos, al ver la mucha tierra, que iba ganando la verdad, no pensaban sino en amontonar patrañas para poner en salvo la supersticion? Yá antes se havian valido de la historia del embustero Philostrato, para desdorar los prodigios de Christo con las prestigias de Apolonio. En el Tomo segundo, Discurso quinto, dimos bastante noticia de este impostor, haciendo justa critica del Escrito de Philostrato. Como una maraña llama otra, sacaron tambien despues al teatro, como emulo de Christo, á Apuleyo. Mas con qué fundamento? Con menos, si cabe menos, que á Apolonio; pues al fin de los prodigios de éste yá havia una historia compuesta, tal qual ella era: mas de Apuleyo no se sabia otra cosa, sino que havia sido capitulado por Mago, y sobre esta noticia empezaron á forjar cuentos de sus operaciones portentosas, las quales *nullo fidei Auctore jactitant*, dice San Agustin en la Epistola 49 citada, y esto nos basta.

55 Siendo tan despreciables los motivos que hasta ahora hemos propuesto, de tener á Apuleyo por Mago, aun lo

es

DISCURSO II. 109  
es mucho mas otro, que nos resta, el qual precisamente estriva en una crasa ignorancia; y con todo pienso, que de los que hoy creen las hechicerias de Apuleyo, los mas las creen por el motivo que vamos á expresar. Hallase entre las Obras de Apuleyo una ingeniosa fabula, intitulada: *El Asno de oro*, cuyo asunto en resumen es, que estando el mismo Apuleyo hospedado en la casa de una muger de Thesalia, grande hechicera, la qual tenia varios unguentos, con que se transformaba, segun su arbitrio, en diferentes especies de animales, la vió una noche desde lugar secreto con el beneficio de uno de aquellos unguentos transformarse en buho, y salir luego volando por la ventana á buscar á su galan, que vivia distante. Movido Apuleyo de una vehemente tentacion de curiosidad, quiso executar lo mismo. Llegó á la alhacena donde estaban los botes, echó mano de uno, untóse muy bien; pero quiso su desgracia, que en vez de tomar el que le havia de transformar en buho, ú otro que le convirtiese en otra especie de ave, cogió uno, con cuya untura al momento se halló transformado en asno. El resto de la fabula son varias graciosisimas aventuras, que acacieron á Apuleyo debaxo de la figura de asno, vendido, y revendido á diferentes amos, unos peores que otros; y pasando por tanto muchos trabajos, hasta que comiendo unas rosas, que era el unico remedio para restituirse á su natural figura, la recobró. Esto es, como dixe, lo que suena la Obra del *Asno de oro*, porque Apuleyo habla en ella, como en propria persona.

56 Esta fabula, pues, ó yá por haverla leído sin reflexion, ó yá por no tener otra noticia de ella, que de oídas, y lo principal por ignorar su primer origen, concibieron muchos ser verdadera historia; y creyendo, que Apuleyo havia usado de hechicerias, pasaron á imaginarle Mago de profesion. Ningun error es mas facil de convencer. En la primera clausula de aquel escrito se halla el desengaño, pues dice el Autor, que lo que vá á referir es una fabula Griega: *Fabulam Græcanicam incipimus*; y en el prologo havia dicho: *Sermone isto Milesio varias fabulas conseram.* En efecto el complexo todo de sus accidentes, é incidentes, se vé claro ser un tejido de ficciones ingeniosas, y festivas. Lo

mas